

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Por JUAN PÉREZ DE TUDELA Y BUESO
Profesor de la Real Academia de Historia.

Al encargo de que participase yo con algunas palabras de sentido introductorio en las VI Jornadas de Historia Militar no podía responder por mi parte con una negativa. De un lado, porque el honor que se me ha otorgado he de entenderlo como algo debido no tanto a personales méritos, cuanto a una deferencia para con la Academia que aquí represento, que es la Real de la Historia. Y además, y sobre todo, porque en la clausura del curso precedente, las ideas y consideraciones de nuestro presidente, el almirante don José Antonio Balbás, constituyeron para mí, desde que las escuché, un objeto serio de reflexión y un motivo para desear que su mensaje recibiera el tributo de adhesión que merecen. Porque con claridad —y con elegante sencillez, permítaseme precisar— señalaron esa esencial senda de futuro que es la de la colaboración dialogal entre los estudiosos, incluidos los humanistas, y las fuerzas encargadas de la Defensa Nacional. De manera que, habiendo sido una voluntad de esa especie la que me trajo a laborar aquí en esa línea, siquiera sea coyunturalmente, no he querido dejar pasar la oportunidad de apoyarme en esas invitaciones de nuestro presidente, para proponer ante ustedes algunas observaciones que, con toda su carga de obviedades, quisieran alcanzar, los dos objetivos que vienen a ser las verdaderas claves de mi designio: dar testimonio de la hondura de mi agradecimiento a la acogida y del noble trato amistoso que me han dispensado mis nuevos colegas, al punto de hacerme olvidar a su lado el cúmulo de años que gravita sobre

mi existencia; y junto con eso, el que en las declaraciones que van a seguir, y que ofrezco como enteramente opinables, se transparente la absoluta libertad que he tenido, así en cuanto a elegir la materia de mi discurso, como respecto de sus contenidos, y aún de sus puntos y comas.

Y no es que el tema genérico elegido para este curso —el desembarco bélico, con sus invitaciones a asomarse al correlativo balcón del embarque— me parezca escaso campo para el remontar de los vuelos interpretativos, desde la ilustre y sonada acometida de los aqueos sobre Troya, o las aventuras de Orestes y Píldes en Táuride, hasta «el día más largo» que, ya en nuestros tiempos, amaneció en las playas de Normandía, pasando, para no salir de estos mares, por la jornada que siglos antes vivieron los normandos al cruzarlos rumbo a Inglaterra, como quedó efigiado en los tapices de Bayeux. Ni español alguno puede olvidarse, entrando en tales lecciones, cómo al solar hispano llegaron o de él partieron algunas de las expediciones navales de transcendencia mayor para la Historia, y que son evocables mediante un solo nombre propio: el de los Escipión, o el de Tarik, o el de tantos otros como son asociables a los descubrimientos y conquistas del «Nuevo Cielo e Mundo» que dijo Colón, o los «mundos novos do mundo» que dicen los lusitanos.

Todavía más: no le es necesario al desembarco, para que nos prenda en su dramático interés, esas dimensiones mayores de proyección. Es un drama de índole superlativa por la concentración de tensiones que supone en el espacio y en el tiempo; por el precio en destino que ahí se juega a una sola baza; y moviéndose entre dos albures tan experimentados y tan terribles para los humanos como son los de la guerra y los del mar. El mar, «la menos tranquilizadora»... entre las realidades elementales con las cuales ha de habérselas el hombre», como advierte Hans Blumenberg, el incansable indagador sobre las raíces y tradiciones de la expresión metafórica.

Ante ese solicitante vocerío que nos viene de las riberas de la experiencia, yo he preferido, sin embargo, que mi singladura sea puramente especulativa y enrumbada hacia la ínsula que bautizaré como la ínsula de la «Justa Defensa de la Patria». Aunque poniendo por delante que esta suerte de expansión de ánimo —de un amigo agradecido para con sus compañeros— no pretende tener el menor sentido de lección para los que me escuchan, en cuanto que ni encierra novedades en la esfera informativa, ni tampoco en la doctrinal. No pasa de ser una glosa meditativa sobre el panorama visible que afecta al compromiso que se llama Defensa; y en la

que no voy a ocultar la dependencia devota en que está de las orientaciones propias del humanismo clásico español. Me ha incitado a ello el pensar que los días que estamos viviendo, ofrecen con rotundidad meridiana el carácter de una cortadura o línea de transición histórica decisiva entre lo que ha sido y lo que promete ser la relación entre las Fuerzas Armadas y el horizonte mundial de la lucha por la justicia y la paz: el paso de la inhumanidad de la guerra, a la acción armada de causa humanitaria. Justamente cuando termina el milenio. Y cuando acaba de sonar la voz del Papa —la voz más antigua en esta demanda— para predicar solemnemente de aquellas fuerzas, que son los centinelas de la paz. Cuando, en fin, la supresión del servicio militar obligatorio en España, nos pone en la obligación, a quienes recibimos consideración de intelectuales, de hacer advertencia intelectual sobre la importancia de tal hecho. ¿Sería justo, ante ese cúmulo de rasgos, dejar pasar esta coyuntura como una de tantas en la historia militar?

Vaya también en vanguardia que hubiera desistido de seguir esta senda discursiva, si no fuera porque en el panorama aludido, con todas las sombras que presenta, no faltan motivos para mirar al futuro con entereza optimista. Al decir esto, pienso en primer lugar en el hecho de que entre un gran número de españoles —la mayoría de ellos, a lo que creo— sigue vivo el concepto o la intuición de que en la tríada Patria, Justicia y Defensa se da una ligadura dialéctica sustancial; porque cada una de esas entidades, o instancias espirituales, apoya a las otras dos en sus razones de necesidad.

Pero hablando aún más generalmente, me atrevo a pensar que la curva metafórica que podríamos llamar de «vigencia de los valores morales» de corte tradicional, que a tan bajas ordenadas ha llegado a descender, en caída larga y con apariencia de irremediable, presenta ahora un anuncio de recuperación. Se trata por supuesto de la simple apreciación personal de un viejo profesor universitario curtido en la necesidad de practicar tales apreciaciones, aunque sin la menor pretensión de que tengan validez dentro de un canónico sistema de tomas de decisión. Son un instrumento de orientación personal, que creo legítima y aún obligada para desenvolverse en nuestro mundo complejo y cambiante, sin el requisito de llevar a la espalda un vagón de volúmenes de estadística al día. En todo caso, lo que propongo es —cómo no— a título de opinable y rebatible por la autoridad estadística o por quien quiera que otra cosa sienta. Lo que propongo es esto: que si tomamos como referencia cuatro de esos valores: familia, patria, espíritu de justicia y lealtad a los compromisos contraídos, poco

habrá que discutir acerca del papel esencial que el primero —es decir, la familia— ha venido a representar en la contención del proceso disolutorio del tejido social. Y en cuanto a los otros tres, alguna peseta apostaría a favor de que su defensa pública hallará hoy más aplausos y menos escarnios que los que cosechó en el ayer o anteayer próximos. Algo que no conviene ignorar con vistas al futuro.

Más directamente relacionadas con nuestra materia, otras tres tendencias innovadoras han hecho irrupción —nadie lo ignora— en el horizonte conceptual de la Defensa, para abrir en él perspectivas del mayor interés para las instancias del humanismo. Me refiero a la precisión del impacto de las armas de largo alcance (con cuanto quepa todavía de discusión sobre la oportunidad de dispararlas); a las integraciones supranacionales de la política de defensa; a la misión pacificadora de los ejércitos desde un cometido que se define determinadamente como humanitario. Apenas hace falta decir que ese último supuesto —unido como está en su instrumentación a los dos anteriores— supone un giro esencial en la historia de la guerra y de los ejércitos. Nada menos que lo que va —insistiré— de la inhumanidad de la guerra, a la justicia humanitaria de la guerra. Una memoria, siquiera sea en mirada de extremada síntesis, a las claves de esa inflexión histórica, no será inconveniente para mejor valorar su significado.

En nuestros días y por razones tan poderosas como las eficacias explosivas que culminaron en las bombas nucleares, el dicitario de inhumanidad contra la guerra se ha hecho radicar principalmente en la inhumanidad destructiva de las armas. Pero sería más justo dictaminar que ése ha sido el término de un avance donde han ido parejos la eficacia para hacer daño y el hundimiento de los principios de responsabilidad moral desvanecidos ante unas «causas» bélicas que fueron elevadas a bien absoluto. El historiador sabe bien, o debiera saber, hasta qué punto el propósito destructivo y la crueldad inmisericorde no necesitan de grandes artificios para ser ejemplarmente inhumanos. Y de qué manera una cultura como la occidental, con base en un postulado altruista y compasivo hubo de avanzar con empeñoso trabajo para hacer compatibles ante las conciencias, la fuerza cortadora de la espada con los preceptos evangélicos. Un empeño que podemos considerar llevado a formulación institucional mediante la figura de la «Caballería» como orden universal, y culminado en los tiempos de Carlos V y de Erasmo de Rotterdam, es decir, en la generación de los abuelos de nuestro don Quijote. Cuyas aventuras y desventuras constituyen la más seria invitación a meditar sobre lo que significó un día el «honor de las armas», entendido como un timbre de ejemplaridad moral que socialmen-

te implicaba de modo indisoluble la conducta del caballero, con la condición de sus armas y la forma y finalidad de su manejo.

Mantener el equilibrio «caballeresco» entre la crudeza y la piedad se evidenció una aspiración nada fácil de lograr en las realidades bélicas. Racionalidad instrumental del combate —para acabar con la fuerza del enemigo— y racionalidad transcendental y compasiva se compaginan difícilmente ya en las interioridades del hombre de guerra, en el que crean una tensión más de una vez conducente a soluciones o tipos de conducta harto distintos: Vasco Núñez de Balboa, digamos por ejemplo notorio, tuvo poco que ver con la figura dibujada por Pedrarias Dávila. No es por otra parte esa tensión la única presente en la actividad preceptiva del milite o «defensor». En verdad y como magistralmente lo razonó nuestro «Sabio» rey Alfonso, la máxima virtud que se requiere del militar de rango —el caballero, y sobre todos, el «cabdillo»— es el poseer y ejercitar el «seso», esto es, una forma plural de prudencias engarzadas, consistente a la postre en saber encontrar el punto o el momento de equilibrio entre solicitudes de índole adversativa: hablar o guardar silencio, premiar o castigar, ser osado o extremar cautelas... Pero, en medio del «fecho de la guerra», que es de suyo «todo lleno de peligros et de desaventuras» conducidas por las armas, es dónde más constreñido se ve el «seso» de un cristiano a darse respuesta sobre los límites de su «cruenza» frente al enemigo.

Bien se conoce en qué medida los explosivos vinieron a agravar el problema cerca del espíritu caballeresco, hasta hacer que nuestro ingenioso hidalgo don Quijote profiriese aquel iracundo apóstrofe; «Bien hayan aquellos benditos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería», etc. Muy cierto es que al insigne lisiado de Lepanto, un artillero —como es mi caso— pudiera redargüirle con las conclusiones analíticas de un Fernand Braudel, según las cuales aquella memorable victoria de los cristianos se fundamentó no sólo en temples personales, sino en la superioridad técnica de los cristianos, incluida la de la artillería. Queda en pie sin embargo, la validez abstracta de aquel alegato en justicia contra la injusticia de que una bala, sorda y ciega a los méritos y deméritos humanos, pudiera arrasarlos por igual. Era además un alegato «profecial». Técnica de guerra y aspiraciones humanistas se distanciarían irremediablemente en la medida en que la dialéctica del poder político y económico se emanciparía progresivamente de la dialéctica espiritual; de los problemas de las finalidades últimas del vivir humano. El milite fue el primero en pagarlo antes que nadie. Al cabo lo pagó todo el mundo.

Nadie con medianas lecturas ignora cómo fue este siglo que ahora termina el que llevó a sus cotas máximas esta dicotomía moral, a través sobre todo de la Primera y Segunda Guerras Mundiales por antonomasia; de modo que sobran las glosas sobre ambas hecatombes. Me permitiré sin embargo advertir, puesto que versamos sobre reacciones de conciencia, cómo para los que abrimos los ojos al mundo cuando estaban todavía palpitantes los efectos del primer conflicto, no es la de esos efectos una cuestión de teorías opinables, sino de un fenómeno avasallador en su generalidad, y que el cine y la literatura mantuvieron en vibrante actualidad ¿Quién no leyó y releyó Sin novedad en el frente y Cuatro de Infantería? ¿Quién no se conmovió ante el cúmulo de mutilaciones físicas y morales y la invocación de los gases asfixiantes? Hizo falta toda la torpeza política que configuró la paz, y toda la ceguera irracional que creció alimentada por aquella torpeza, para que se encendiese la siguiente hoguera en un clima de enfrentamiento civil generalizado, al que había puesto el más eficaz combustible la doble promesa de aupar a la cúspide a los «parias de la tierra» y de acabar para siempre con las guerras y los ejércitos (menos el de los parias, por supuesto, con nombre de Ejército soviético). Sobra toda consideración sobre aquel segundo acto, salvo el subrayar, la repugnancia irremediable que en las gentes tenía que suscitar una «guerra total» cuyas primeras y más numerosas víctimas eran los no combatientes. Y cuyo final apocalíptico de trueno nuclear tenía que sonar en todos los oídos a advertencia terrible sobre la subordinada condición que en el futuro tendrían las «armas convencionales».

Es cierto que a favor del equilibrio del «terror atómico» cabe argumentar su decisiva contribución a más de medio siglo de paz en una consideración de destino planetario. Lo cual le confiere imponderable importancia pacificadora. Pero no ha podido contrarrestar sobre las conciencias la aversión al conflicto bélico en términos generalísimos. La «guerrera total» como concepto y como práctica entraña su propio sistematismo lógico, con los peligros que ya vio un Clausewitz en el desbordamiento conquistador que fue la remontada napoleónica. Un sistematismo dentro del cual el vértice atómico señala una jerarquía inapelable y que proyecta su efecto causal sobre todo el sistema como sistema de decisiones. Para el que no posee armas atómicas el destino que encara la muerte —propia o de los suyos— con signo de subordinación, a la vez de conocimiento y de disposición, no puede ser sino un triste destino. Se comprende, que los beneficiarios de la hegemonía que define el sistema, se hayan negado de hecho a acabar con él, acudiendo al único modo de sustitución digna que

es el del acuerdo mundial para sostener fuerzas de armamentos «convencionales» con las limitaciones que fueron propias, desde hace siglos, de la «guerra justa», así en cuanto a los fines como a los instrumentos. Ha faltado la voluntad de abdicar de la hegemonía atómica y aún de reconocer la inhumanidad indefendible, infamante, de ciertas armas; como el caso de las minas antipersonales, las químicas y las bioquímicas ha puesto bochorosamente de manifiesto. Y no ha bastado que se quiera poner toda esa carga de inercia injusticia, bajo el amparo de la bandera de las libertades y la democracia. Es inexorable la ley moral que niega a los medios el derecho a contrariar las finalidades que dicen servir.

Aventurado me parece hacer una evaluación jerarquizada de las causas y motivaciones que han acabado por dar fin al servicio militar obligatorio. Porque el cambio de los tiempos las ha procurado de todo orden, como nadie ignora. Pero que la objeción de conciencia haya sido la brecha más importante para la expugnación de ese servicio, es afirmación de base estadística. Y que esa objeción se haya amparado en los caracteres y criterios de la guerra total, con divisa atómica al fondo, no es cosa que pueda ignorar un viejo profesor cursado en medio siglo de oír a alumnos universitarios las razones de una objeción que creció a ritmo acelerado.

Con todo, no ha tenido éxito en doblegar al raciocinio la consigna clásica del irenismo, de acabar con la guerra acabando con las Fuerzas Armadas. Ha tenido razón Bouthoul cuando ha señalado la inanidad intelectual del irenismo, y la exigencia de que la polemología sea capaz de construir un «pacifismo funcional». Esta vez el pacifismo de pancarta lo ha hecho bajo la etiqueta de «contra la violencia venga de donde viniere». A nadie se le escapa que en realidad se trata de que sólo quede en pie la violencia que yo maneje. Por el contrario, la endemia de los hechos violentos de toda dimensión —conflictos regionales a la cabeza— los alcances enormes que llegan a tener las organizaciones formadas por y para el crimen, la potencia destructiva o de acción patológica que está a la mano de grupos o grupúsculos minoritarios, ha ido afirmando, con lógica estrictamente funcional, la necesidad de que las Fuerzas Armadas al servicio del bien y de la ley común, no sólo sostengan, sino aumenten y perfeccionen su capacidad para defender a la justicia, que es fuente indispensable de la ley. Salvo que habrán de hacerlo según el consejo que suele dar la inteligencia histórica; a tiempos nuevos, adaptaciones inteligentes con las innovaciones que sean precisas. Ya están levantándose ante nuestra mirada: ejércitos nacionales —con su propio mando y tradiciones— en acción coordinada internacional; causa pacificadora y humanitaria; uso de las armas estricta-

mente subordinado al respeto de la población civil. Y de manera —me permito añadir— que se lleve al límite el cumplimiento de este último principio, sin declinar hacia argumentos tan poco honorables como es de que la vida «de uno de los nuestros» sea algo más sagrado que la de mil niños, porque «nuestra bandera» se proclame ser la de un privilegiado mesianismo.

A nuestra vista, pues, y como prometedor, buena parte de lo que se ha escenificado en los Balcanes. Con tanta honra para las tropas españolas. Dicho sea, por cierto, no para halagar a este auditorio, sino porque conviene exactamente con nuestro tema, el hacer justicia a una cultura espiritual como la de España, la patria de Vitoria, de Soto, de Báñez, de Las Casas, de Suárez; es decir, el suelo natal del Derecho de Gentes propio de la Edad Moderna. Con cuyo recuerdo se entenderá mejor el sentido de mis palabras en la materia en que a continuación entramos y que es relativa a la funcionalidad del «honor de los ejércitos».

Porque ha sido ese un honor que cada vez fue menos dependencia exclusiva de un comportamiento en combate, cuanto del significado de los hombres de armas en el seno de una sociedad y de su relación dialogal con ella. Fue ese un principio que ya la Ilustración hubo de constituir en norma operativa. Los saberes y las técnicas estaban donde estaban y no en otra parte. Conferían además una dignidad objetiva. Y su repercusión era inmediata en el plano militar, en la «moral» colectiva y en el prestigio «nacional». Se explica que fuera cobrando cuerpo en Europa la sentencia de que entre un pueblo y su ejército existía una interdependencia tal, en el plano moral, que la valía del uno venía a significar la del otro. Por más que la realidad no siempre confirmaría el aserto a la hora de jugarse la vida.

Ahora bien; la naturaleza de esa relación pueblo-ejército, pendiente como estuvo desde el comienzo de la Edad Contemporánea, en toda Europa, de vicisitudes bélicas y políticas estrechamente enlazadas, al mismo tiempo que de transformaciones culturales y sociales, no habría de escapar ni a conflictos hondos ni a cambios de orientación no siempre unívocos en sus causas. En Francia —a la cabeza de los ejemplos— la solución de un «pueblo» que vive conducido por un César por y para la gloria de su ejército, tuvo su quiebra más notoria y su lección más costosa en la catástrofe del imperio napoleónico. De modo que fue allí donde se vivió primero el cambio de rumbo que hizo del ejército el mudo y desplazado servidor de un país conducido civilmente hacia el aprovechamiento burgués. Y allí nació

la reacción romántica que por la pluma del conde Alfredo de Vigny nos dejó en su *Servitude et grandeur militaire* una de las más influyentes versiones sobre lo que significaba el «honor» militar. No es que el conde se inventara, por supuesto, algo desconocido, ni siquiera al precisar algunos de sus caracteres, provenientes del Mundo Antiguo, como él mismo reconoce. Pero sí llegó a constituir ese honor en especie de fuerza milagrosa en su autonomía respecto de lazos transcendentales, para engendrar, libre de trabas, y con un cierto endiosamiento narcisista, hechos fascinantes en su belleza y nobleza. «L' honneur», literalmente convertido en «un Dieu». Dicho de otra manera; contribuyó a que el «culto al honor» de cuño laico y prestancia nobílico-militar (valentía, generosidad, sinceridad y lealtad como bases) extendiera su prestigio en todas partes, incluido un país de apego religioso como España.

Salvo que, por otra parte, el acontecer del xix y del xx, aún conservando para el «beau geste» militar —permítaseme decirlo así— su sello estético distintivo, no vino a significar un distanciamiento obligado respecto de los valores de la sociedad; antes bien, una serie de causas concatenadas dieron fuerza a la concepción del servicio militar obligatorio —al menos teóricamente tal— como una exigencia a la vez de los intereses nacionales y de la mejor preparación del ciudadano en planos diversos, desde el físico, hasta el de la introducción en la cultura —alfabetización en primer término— y el aprendizaje de oficios y desempeños técnicos, pasando por la «formación» en el espíritu patriótico. O, dicho en otros términos, a postular ese servicio como una escuela de ciudadanía en varias vertientes. Y la primera de ellas —como hoy puede verse mejor, ya con alguna distancia—, la de inculcar ese espíritu de reverencia hacia lo honorable que se pide en la conducta del que va a «servir al rey» —o dígase a la patria— que es como el arco toral que sustenta el entero edificio moral significado por las Ordenanzas de Carlos III, y que explica al mismo tiempo la secular vigencia que ellas han tenido tanto en España como en los países de nuestra lengua. En suma, eso que hoy despedimos es algo que, de hecho, representó un factor de primer orden en dar sentido de continuidad civilizada al cambio bisecular de nuestra sociedad, en el tránsito de su base demográfica desde el orden rural al urbano e industrial.

Todo está dicho, por otra parte, sobre la espiral en que se movió la escalada hacia la guerra, a la vez mundial y total, en la centuria que ahora acaba. Pero no estará de más, acaso, a los ciudadanos de las potencias que se mantuvieron neutrales, recordar la razón del papel que les tocó jugar en el drama, obligadas como estuvieron, ante el despliegue de las

ambiciones en pugna —imperialismos viejos y nuevos, neocolonialismos rampantes— a hacer frente así a repartos de responsabilidades e influencias, como a las llamas de las dos grandes hogueras de 1918 y 1939: un papel que consistió en suplir su menor talla en recursos, con las demostraciones y la efectividad de su capacidad para movilizarse defensivamente con presteza. Por lo que hace al segundo de esos incendios, mis personales experiencias de movilizado —nada cortas— no me permiten dudar la realidad de tal conexión de causas. El neutralismo tenía que pagar sus precios mediante el mantener las armas sobre el hombro, y con esta condición que me importa destacar de mis recuerdos, es a saber, que ese argumento no escapaba a la inteligencia de nadie, aunque fuese la inteligencia del más iletrado recluta. Luego, y bajo perspectivas que fueron cambiando progresivamente, aquellos argumentos agotaron su eficacia. No es ese un final que pueda decirse inédito en la historia de las instituciones. Su ley inexorable es la de cambiar con los tiempos. Pero invita de todas maneras a pensar en el vacío que parece va a dejar la despedida institucional que hoy vivimos. Esa es la cuestión importante.

De cara precisamente al futuro hay otro elemento en la función del ejército, del pasado y del presente en sentido a la vez ejemplarizante y de conexión social; y que entre otras también citables, me parece especialmente digna de destacar en la vía que traemos. Me refiero a la significada por las exigencias y facultades estudiosas así como por la competencias orgánicas del Estado Mayor. Ni qué decir tiene que nada está más lejos del navegar de mi barquichuelo que descubrir a ustedes semejante Mediterráneo. Pero no quiero privarme de la satisfacción de marcar el paso con el sentido común, al señalar a ese hito cardinal de referencia para la orientación de la Defensa. Y que lo es por consabidas razones: una cabeza orgánica con obligaciones consultivas; un modo de tomar en cuenta estudiosa y reflexiva, todas y cada una de las ventanas que se asoman a los problemas de conservar el primero de los bienes comunes, esto es, la integridad nacional; un núcleo de prudencias que si resultó ser ayer un indispensable elemento coordinador para la formación de criterios, lo es hoy todavía más que ayer, en la medida en que nuestro mundo padece con mayor gravedad el desequilibrio entre el abrumador avance de los conocimientos analíticos —especializados, particularistas en su visión e intereses— y la interpretación de sentido integrador de los datos para un proceder con altura con miras; es decir, con miras de justicia y de dignidad para el diálogo ecumenista, éticamente responsable, entre las naciones

Que en el ejército haya crecido el número de los titulados universitarios, y que los titulados y profesores universitarios colaboren con el ejército no es por supuesto una tendencia que desvirtúe el valor de conjunción al que me he referido. Por el contrario, debe redundar en su mayor eficacia y alcance sobre la diversidad de las materias y campos a que puede afectar el compromiso de la Defensa en su sentido lato. Me atrevo incluso a pensar que respecto de la preparación de los efectivos de una reserva movilizable, es decir, respecto de suplir en la función formativa el vacío que pueda significar la supresión del servicio militar obligatorio, pudiera resultar positivo el alistamiento voluntario en unidades de instrucción de signo educativo, de periodo breve y con un programa de actividades dotado de apertura suficientemente sugestiva en condiciones y en premios. He ahí un ejemplo, harto apremiante, según me parece, de la virtualidad que cabe esperar de un rectorado polemológico asistido de las diversos entendimientos y prudencias experimentadas que pueden brindar el campo cultural y el técnico para colaborar en que el espíritu de defensa de la patria se transmita con sólido fundamento y alcance vertebrador, por encima de las crecientes complejidades de la sociedad.

Nuestra Patria misma, España, y la circunstancia que nos ofrece hoy como objeto de preocupación ante la conciencia, debiera ser, en lógica medianamente rigurosa, la materia con que terminasen mis palabras. En modo alguno voy hacerlo así. Mis veteranos ribetes de lógica clausewitziana se imponen a cualquier veleidad pasional que yo pudiera sentir. La Defensa debe seguir siendo un compromiso propio, en primer término, del rectorado político de la nación. De modo que estando como están, mis apreciaciones sobre la tesitura defensiva de nuestra Patria, ligadas a mis personales ideas politológicas, no será desde luego en este foro donde me permitiré explicarlas. A ello me he atenido desde que estoy entre ustedes y a ello me sujeto. Y con mayor seriedad lo siento así, cuanto que mi adhesión al constitucionalismo democrático data de años ya muy lejanos. Tanto como mi convencimiento de que el pensamiento político está obligado a no dormirse delante del acontecer que tiende a retarle desde el avance de los tiempos. Aquí en Europa y no menos en América, por ejemplo hoy tan incitante.

No renunciaré en cambio, en los momentos de cerrar mis agradecimientos, a confesar que el último fondo de ellos reposa no sólo en el sentimiento de satisfacción intelectual que me ha procurado la colaboración con ustedes. Es sobre todo porque he tenido comprobación en cada momento, de que nos ha unido ese eslabón esencial e irrompible que es

el amor a España, anterior y superior a toda sujeción a los consejos de la inteligencia acomodaticia. Porque he sentido que nos une la asunción de España como un vínculo que está por encima de la vida presente y nos hace hermanos de los millones de seres que vivieron y murieron con la misma causa dando alas a su espíritu.